

LA TERTULIA COMO ELEMENTO ESTRUCTURAL, EN DOS NOVELAS DE GALDÓS: *LA INCÓGNITA* Y *REALIDAD*

Ana Padilla Mangas

Cuando Galdós escribió *La incógnita* (1889) y *Realidad* (1890), se ha producido en su trayectoria literaria un cambio de rumbo importante: hay ruptura de estilo, cambio en la técnica narrativa y, como apunta Ferreras, lo que ha cambiado de verdad es su visión realista del mundo. «La realidad se ha vuelto oscura y las historias de los hombres no tienen ya ni principios ni finales razonables, claros, fáciles de transcribir; todo realismo es ya, a partir de este título, imposible. Y efectivamente, lo que va a venir no será ya realista, es decir, racional y totalizante, sino de tendencia espiritual o espiritualista, casi de tendencia religiosa»¹.

A partir de 1889, Galdós, con extraordinaria maestría, explora con este cambio de orientación las almas de unos personajes excepcionales. Ambas obras, que son dos caras de una misma moneda, tratan con distintas formas literarias, novela epistolar² y novela dialogada un mismo asunto también desde perspectivas diferentes.

En *La incógnita*, un personaje, Manuel Infante, escribe desde Madrid cuarenta y una cartas a su amigo Equis que se encuentra en la familiar Orbajosa; Infante le relata sus impresiones y va vertiendo su opinión sobre algunas personas y distintos acontecimientos que se van centrandó en el triángulo formado por su prima Augusta, el marido de ésta — Tomás Orozco— y un amigo de la familia —Federico Viera—, amante de la primera. Junto a las aludidas impresiones relata asimismo diversos acontecimientos de índole política, social, el misterioso crimen de la Calle del Baño y la no menos misteriosa muerte de Federico Viera.

Como apunta Sobejano «La incógnita se extiende a casi todas las personas sobre las que Infante va dando su opinión»³. Augusta, a la que

¹ FERRERAS, J. I., *la novela en el Siglo XIX (desde 1868)*, Madrid, Taurus, 1988, pág. 96.

² Galdós ya había hecho uso del género epistolar en otras novelas, pero realmente fue novedosa la utilización del diálogo, sin la intervención del narrador, pues ahora el punto de vista que se adopta es el del lector.

³ SOBEJANO, G., *Forma literaria y sensibilidad social*, Madrid, Gredos, 1967, págs. 70-71.

adora, ¿caería en sus brazos? ¿Está realmente enamorado de su prima? ¿Es Malibrán su amante? ¿Augusta disimula o dice la verdad? ¿Tomás y Augusta tienen una relación amorosa? ¿Cómo fue la muerte de Federico Viera? ¿Suicidio? ¿Homicidio? ¿Quién pudo ser? La última carta de Equis a Infante nos va a informar del carácter complementario de *Realidad* que va a desvelar todas las incógnitas. Ya no hay un narrador intermediario, ahora los personajes nos hablan directamente, si antes predominaba la descripción, ahora es la palabra, si antes la verdad subjetiva ahora la verdad objetiva, frente a los hechos las conciencias, frente a la recreación la creación, y frente a la opinión la verdad íntima.

La versión externa de los hechos que se narran en *La incógnita* están condicionados por la óptica o el punto de vista del personaje. José Infante asume el papel de personaje testigo, renunciando a la omnisciencia de la tercera persona; sus limitaciones narrativas estarán marcadas por sus propios ojos, oídos y mente; estamos ante unos hechos presenciados que influirán en la actitud del personaje y de estas limitaciones que le impone su «yo testigo» fluye el resto de la narración, pues Infante no es omnisciente, renuncia a la ubicuidad (deberá ir de un lado a otro para ver qué sucede), renuncia también al pensamiento de los otros personajes, por lo que tendrá que dialogar con ellos para intentar averiguarlo y, por supuesto, desconoce el pasado de los mismos. Estas limitaciones son precisamente las que generan las cuarenta y una cartas, pues Infante desea conocer a los personajes con los que se relaciona y saber lo que realmente sucede.

Así pues, los acontecimientos presentados están mediatizados por un narrador homodiegético, que como testigo presencial selecciona los hechos que a través de cartas cuenta al narratorio Equis. Utiliza retrospectivas analépticas, para dar a conocer los antecedentes de los personajes, intromisiones narratológicas e ideológicas, donde Infante va acumulando datos a través de lo que oye, observa y medita, sin olvidar al narratorio, sea Galdós, el propio narrador, o el lector, que, conocedor del código, influirá en el joven. Por ello, el juicio que hace acerca de la realidad nunca es definitivo; Infante, pues, va a estar condicionado por lo que oye, de ahí, siguiendo a Sobejano, que el tema de esta obra sería la opinión: «la opinión particular y la opinión pública» y «la forma esencial de la opinión es el comentario: comentario hablado en conversación o tertulia (de ahí que la tertulia desempeñe tan importante papel en *La incógnita* y *Realidad*) o comentario escrito (carta, crónica, glosa, crítica)»⁴.

Así pues, una de las fuentes de información serán las tertulias, centro de reunión en el que se elabora y concreta la opinión pública y cuyo objetivo es el chisme, «tanto en la novela epistolar como en la hablada... el chisme contribuye a proyectar el ámbito exterior en el interior, y viceversa»⁵.

⁴ *Ibidem*, págs. 69 y 75.

⁵ GULLÓN, R., Introducción a la ed. B. Pérez Galdós. *Realidad*, Madrid, Taurus, 1977, págs. 22-23.

Ahora bien, aunque ya hemos hablado del cambio de rumbo que implica la aparición de estas dos obras, Galdós sigue siendo un escritor realista y por ello no abandona numerosos elementos de la realidad externa tal y como lo había concebido en obras anteriores. Por ello, el drama presentado en estas obras puede tratarse en dos niveles que se relacionan y condicionan: el primero trata de los complejos mecanismos de la conducta humana y tiene su «espacio» en lo más profundo de la conciencia; el segundo es la ubicación espacio-temporal de esta problemática y que el autor no puede eludir, es decir, busca en las conciencias de los personajes pero no en un marco socio-histórico que es la Restauración, en una ciudad que es Madrid, y en un ambiente ocupado por una burguesía pudiente, ociosa y desocupada que centra sus relaciones sociales en la tertulia.

«Allí admirarás el mayor grado de desarrollo de la burguesía pudiente y bien educada, que ha sabido asimilarse aquella parte de las costumbres aristocráticas conveniente a los intereses y reclamada por su posición política o económica; allí encontrarás todo el elemento extranjero introducido de poco acá en la manera de comer, de hablar, de vestirse, y ha de sorprenderte verlo armonizado con la sociedad española, el orden y calma de nuestra antigua clase media, anterior a la desamortización»⁶.

El espacio no es algo arbitrario y adquiere diferentes significados, por ello las tertulias están ubicadas en distintos lugares, manteniendo entre sí una relación de simetría y, a la vez, de contraste desde el momento en que condicionan los temas objeto de charla y a los propios personajes. Los límites espaciales que Galdós impone responden a la realidad de las costumbres de la clase ociosa antes mencionada.

Es por ello por lo que hallamos siete tipos de tertulias diferentes en la obra: dos de ellas tienen lugar en los salones de ambiente familiar: la casa de Augusta y Tomás, y la de Cisneros. Las cinco tertulias restantes por orden de importancia son: la del Casino, La Peña de los Ingenieros, los corrillos del Congreso, La Taurina —las cuatro sujetas a rígida misoginia—, y finalmente la de la casa de La Peri (prostituta que vive de la sociedad, pero que es independiente de ella): esta última tertulia sirve de puente entre la familiar y la formada exclusivamente por hombres.

En la organización estructural de *La incógnita*, las tertulias a las que hace referencia Infante como curiosas, entretenidas o interesantes aparecen en nuevas cartas y se reparten de la siguiente manera: Carta VIII, tres de diciembre, en casa de Tomás de Orozco. Carta XII, dieciséis de diciembre, Casino, Peña de los Ingenieros y salón de Orozco. Carta XIII, diecisiete de diciembre, casa de Orozco. Carta XVI, diciembre, Casino y Peña de los Ingenieros. Carta XXI, treinta y uno de enero, salón de Orozco. Carta XXX, cuatro de febrero, salón de Orozco. Carta XXXI, siete de febrero, casa de La Peri y La Taurina. Carta XXXIV, doce de febrero, Peña

⁶ PEREZ GALDÓS, B., *Obras Completas*, Madrid, Ed. Aguilar, 5.ª reimpresión, 1990, tomo II, pág. 1147.

de los Ingenieros, Casino, los corrillos del Congreso. Finalmente, la carta XXXVI, dieciséis de febrero, casa de La Peri.

Analizando la integración de las tertulias en la organización general de la obra, observamos que si ésta la dividimos en tres fases que pueden corresponderse con el planteamiento, *clímax* y desenlace (por denominarlo de alguna manera, ya que como tal desenlace no se da), corresponden cuatro cartas en las que se habla de tertulias en la primera parte, una en la segunda y otras cuatro en la tercera:

<i>Planteamiento</i>	<i>clímax</i>	<i>Desenlace</i>
I-XVI	XVII-XXVIII	XXIX-XLI
tertulias VIII-XII XIII-XVI	XXI	XXX-XXXVI XXXIV-XXXVI

La perfecta simetría, creemos que tiene una relación profunda con el sentido y temas de la obra, a la vez que se articula con las tres orientaciones de carácter anecdótico que aparecen en ella: el posible amante de Augusta, la muerte de Federico y el noviazgo de la hermana de Viera.

En la primera parte (planteamiento) asistimos a la presentación de los personajes; prosopografías y etopeyas siempre en evolución. En la segunda parte se acentúa la seguridad de las dudas presentadas en la primera, junto a la muerte de Federico que abre la tercera parte, donde se vierden distintas versiones acerca de la muerte de Viera. Pues bien, por el carácter propio de la tertulia, éstas se sitúan en los lugares más convenientes, así en el planteamiento conocemos los asistentes habituales, los distintos tipos de tertulias y se plantean las primeras incógnitas. Se trata del contacto directo con esa sociedad que le va suministrando datos al impresionable Infante:

«En una sociedad tan chismosa, tan polemista, y donde cada quisque se cree humillado si no sustenta, así en la charla pública como en la privada, un criterio distinto del de los demás, son muy raras las reputaciones, y éstas tienden siempre a flaquear y derrumbarse como puentes de contrata, contruidos sin buen cimientto... en el Casino y en la Peña de los Ingenieros, donde paso algunos ratos de noche, he oído poner en solfa esa tan cacareada honradez y rectitud... En la tertulia de Augusta, valga la verdad, no somos mejores que en otros centros de entrenamiento y criticamos todo cuanto existe»⁷.

En la parte que hemos denominado *clímax*, sólo aparece una tertulia que trata, de manera casi exclusiva, el crimen de la calle del Baño, tra-sunto, como se sabe, del crimen de la calle Fuencarral y que atrajo por su misterio la atención de todo el mundo, incluido Galdós.

⁷ *Ibidem*, pág. 1146.

El enigma planteado ante los contertulios por sus posibles soluciones, es paralelo al que se planteará con la muerte de Viera; por un lado, en esta parte, predominan las reflexiones del personaje-narrador, temas secundarios como el asunto del padre de Federico y acumulación de datos procedentes de visitas y diálogos con los conocidos; por otro lado, desde un punto de vista funcional no era necesario acumular más tertulias cuando Infante ya conocía el ambiente, sus personajes y va sacando sus propias conclusiones:

«Armamos nuestra tertulia en el salón... Pero de lo que más se habla allí, como en todas partes, es de ese misterioso crimen de la calle del Baño. ¡Ay, qué jaqueca! Los periódicos no se ocupan de otra cosa... En fin, Equis, un lío espantoso; la Justicia, embarrullada, dando palos de ciego, prendiendo y soltando gente. Es la conversación de moda en todos los círculos de Madrid, y personas muy formales ven en esto una intriga honda, con ramificaciones extensas»⁸.

Por último, en la tercera parte, era imprescindible la aparición de las tertulias, por los propios acontecimientos y porque nuestro testigo pretende por todos los medios conocer la realidad y necesita datos e información que proceden en su mayoría de estas reuniones. Por otra parte, la simetría que existe con el planteamiento, responde la primera en su primera parte a la información para crear un ambiente, y en la última, para llegar a la búsqueda o resolución del problema planteado. Así a través del testimonio de Infante conocemos la superficie de la realidad, la opinión y las distintas versiones que fluyen de las tertulias en las que se mezclan la curiosidad malévola, el chisme, la fantasía o el interés:

«No te cuento todo lo que la fantasía popular nos regala, porque sería tarea interminable; te doy sólo las variantes que más aceptación tienen en los corrillos chismográficos... La primera que te endilgaré es la que oí en la Peña de los Ingenieros... En la misma Peña corría otra variante, en la cual Orozco no figura sino como impulsor del crimen... De seis o siete versiones recogidas en el Casino, elijo la que tiene más prosélitos»⁹.

La incógnita continúa en el enorme laberinto de dudas y versiones, semejantes al ya comentado crimen de la calle del Baño.

Analizada la ubicación estratégica de las tertulias en la estructura de la obra, conviene detenerse en la materia conversacional de las mismas. Junto a sesiones en que se toca el piano, se juega al tresillo y al billar; los temas objeto de comentario son varios: crímenes famosos, deudas de juego, adulterios, política, arte. También se desmenuzan los periódicos y se comentan los rumores sobre reputaciones y moralidad. Evidentemente no son tertulias literarias ni políticas, lo que interesa sobremedida es el chisme:

⁸ *Ibidem*, pág. 1171.

⁹ *Ibidem*, págs. 1190, 1200, 1201.

«Siempre que aparece el fenómeno de una reputación, cuando los hechos y pareceres que la constituyen principian a concretarse, ya estamos todos desasosegados, buscando los peros que hemos de ponerle para que no cuaje. En el orden moral, en el literario, en el político, las reputaciones crecen difícilmente, como un árbol raquítico lleno de verrugas y comido de insectos»¹⁰.

No hay unanimidad, existen tantas opiniones como contertulios. «El ambiente está cargado de rumores, insidias, cuentecillos dichos a media voz, insinuaciones en una palabra, en un gesto. Los figurantes subalternos, en función coral, cooperan a crear la atmósfera del espacio novelesco, caja de resonancias en donde las opiniones se dilatan y las voces, por insignificantes que sean, contribuyen a impulsar los acontecimientos»¹¹. El resultado de este ambiente es la opinión pública, la opinión de la sociedad que va a repercutir y determinar la actuación y forma de ser de los personajes en ambas obras, personajes que no consiguen desprenderse de la opinión ajena. Opinión que dicta sus normas de conducta y de moral a las que se someten casi trágicamente los personajes.

Así pues, Manuel Infante narra unos hechos, nos cuenta una historia que él, como ya hemos dicho, ve y oye: aquí la opinión de los demás es clave porque le suministra datos e información, pero esta opinión se proyecta a través del punto de vista de un personaje que la interioriza, y tal y como es variada la opinión, varía también su pensamiento acerca de hechos y personajes que pasan por su vida, así pues, con la colección y recolección de opiniones intenta acercarse a la verdad, pero no deja de ser sólo un testigo y como tal nos ofrece la opinión pública, aunque sea a través de la opinión personal, porque *La incógnita* «no es un relato novelesco de una acción: es notificación, sentimentalmente templada, de unos hechos»¹². Por todo ello, se siente impotente para llegar a la verdad, a la realidad. No basta la opinión pública, todo es incompleto, superficial, su padrino Cisneros le dirá: «La santa verdad, hijo de mi alma, no la encontrarás nunca, si no bajas tras ella al infierno de las conciencias».

Si en *La incógnita* nada concluye, en *Realidad* entramos directamente en esa verdad, la técnica dialogada, los apartes, los monólogos y casi diálogos interiores nos descubren la realidad. Ahora bien, la tertulia como materialización de la voz social ha influido en dos direcciones: por un lado, en consagrar las apariencias, ofreciendo una verdad relativa y convencional; por otro lado, condicionando o influyendo en la trayectoria de los personajes que cambiarán o modificarán su conducta, ya sea por enfrentamiento, aceptación o repulsa de estos ecos. Estas tres actitudes coinciden con Augusta, Federico y Tomás respectivamente.

La opinión ajena es la suma de muchas opiniones, representa la lega-

¹⁰ *Ibidem*, pág. 1146.

¹¹ GULLÓN, R., *op. cit.*, pág. 23.

¹² SOBEJANO, G., *op. cit.*, pág. 77.

lidad de las altas esferas madrileñas de 1889, y es en esta sociedad desocupada, donde se materializa una moral que consiste en el formulismo del comportamiento, moral que respetan los tres personajes de *La incógnita*, pero que en *Realidad* sabemos falsos e hipócritas. La apariencia frente a la esencia proyecta la moral establecida; código que está sujeto a una escala de valores de carácter temporal y social que hay que aceptar para ser admitido. Al respecto son importantes los pensamientos de Augusta:

«¡Ay! Digan lo que digan, estamos gobernados por leyes estúpidas..., hechas para regularizar lo irregularizable, para contener en distancias muy medidas el vuelo de las almas... Y lo peor es que la educación puritana y meticulosa nos amolda a esta vida, desfigurándonos... De este modo aprendemos la hipocresía,... tener un secreto, burlar a la sociedad, que en todo quiere entrometerse...»¹³.

Aparentemente, esta moral no tiene por qué trascender, pues en la novelística galdosiana está siempre sujeta a categorías sociales temporales, sin embargo, «los valores sociales, con frecuencia en conflicto con los intereses personales, poca importancia tienen en el plano abstracto. En cuanto chocan con el desdoblamiento de vidas particulares sí que adquieren transcendencia temática»¹⁴.

«El qué dirán», tan criticado por Galdós, toma tintes trágicos en estas obras. Todos se someten aparentemente a una sociedad que les exige para aceptarlos un determinado comportamiento, unas determinadas reglas que por supuesto condicionan más a los personajes femeninos que a los masculinos. Por todo ello Augusta miente, pues aunque representa el papel para el que ha sido educada (esposa fiel, honrada...), su comportamiento resulta por completo contradictorio con su soñadora personalidad. La adúltera rechaza, se rebela contra los límites estrechos de una sociedad puritana. «La sociedad está presentada dentro de ese punto de vista crítico y reformista que caracterizaba a los intelectuales relacionados con el krausismo. Por lo tanto, se sacan a la luz las imperfecciones, falsedades e hipocresías de la sociedad de la Restauración»¹⁵.

Aparentemente el ámbito de acción de Augusta era el hogar y las buenas acciones, tal y como debía ser ante la opinión pública una mujer virtuosa que participaba también y de una forma activa en las tertulias y, aunque sin formación intelectual (algo que las hacía más atractivas para los personajes masculinos), conservaba sobre todo: sobre pintura, literatura, moral, diversos temas que aparecían en los periódicos y además tocaba el piano, algo imprescindible en la exquisita educación que se impartía en los colegios.

¹³ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.*, pág. 1238.

¹⁴ KIRSNES, R., «Sobre el bien y el mal en la novela de Galdós», en *Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, tomo II, 1989, pág. 79.

¹⁵ JONGH-ROSSEL, E. M. DE, *El krausismo y la generación de 1898*, Valencia, Ed. Albatros Hispánfila, 1985, pág. 79.

Este es el personaje que nos describe Infante, pero Augusta, tal y como opina Masae Kochiva¹⁶ en su clasificación sobre la condición de la mujer en el siglo XIX, pertenece a esa clase alta que está rodeada de bienes sin libertad de espíritu, viviendo bajo la protección del marido; es por ello por lo que desafía a esa sociedad superficial que se materializa en estas obras en las tertulias retándola al adulterio¹⁷.

En relación a Federico Viera, hay que destacar que es uno de los personajes en los que la opinión ajena ejerce mayor influencia. Aunque es reclamado en todas las tertulias por su amenidad, simpatía, educación y gusto exquisito, se trata de un personaje solitario como Augusta y Tomás. Anclado en su pasado aristocrático sus acciones «acentúan la incompatibilidad de sus normas de conducta con las de la naciente sociedad. Viera es claramente representativo de miembros de esa clase que se aferran a formas de vida anacrónicas»¹⁸. Los comentarios que se hacen acerca de sus deudas de juego y los supuestos regalos de su amante le obsesionan, por ello, no puede superar el deshonor causado a su amigo Orozco que le impide aceptar su bondad, y decide, como única solución, quitarse la vida. La siguiente cita es muy ilustrativa por la relación que se establece entre realidad exterior (tertulias) y realidad humana o conciencia del personaje:

LEONOR: «...El honor y el deshonor dependen de que las cosas se sepan o no se sepan. De forma y manera que si lo que debe quedar secreto quedara siempre, esas palabritas, honor y deshonor, habría que suprimirlas de la conversación»¹⁹.

Orozco, por su parte, participa activamente en la vida social pero está más allá de los convencionalismos sociales. Al contrario que Viera sueña con una sociedad futura cuya base sea la lógica de la «conciencia universal», por ello se siente alejado y superior a todos, no desprecia a los demás, sólo a la sociedad vacía y hueca de la que, como hemos dicho, forma parte pero exclusivamente en el plano más superficial que es por otra parte lo único que se requiere de él. Tomás no va a suicidarse; en su interpretación del mundo, casi convertida en sistema religioso, procura la perfección a través del dominio absoluto de los sentidos y bajezas humanas (precisamente lo único importante para su mujer), buscando de

¹⁶ KOCHIWA, M., «La condición de mujer en las obras de Galdós y las mujeres de Japón en su época correspondiente», en *Actas...*, tomo I, pág. 219.

¹⁷ CORREA, G., *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1977, pág. 156.

¹⁸ JONGH-ROSSEL, E. M. DE, *op. cit.*, pág. 79.

¹⁹ PÉREZ GALDÓS, B., *op. cit.*, pág. 1254. Este texto nos recuerda los versos 2758-59 «No deja de ser agravio / cuando se sabe la ofensa», de *El castigo sin venganza*, de Lope de Vega. En la edición de Cátedra (1990), dice A. Carreño: «extensamente se ha discutido en la comedia la doble vertiente de la honra como virtud frente a la basada en opinión, bajo cuya axiología se instaura el Duque. Surgió en la *Partida Segunda, Título XIII, Ley 4.ª*, y se reafirma como opinión en la casuística de los siglos XVI y XVII», pág. 241.

esta forma la perfección absoluta. Esta filosofía nos recuerda, y por ello la relacionamos, con el tercer mandamiento de la humanidad al individuo de Karl Christian Krause: «Debes conocerte, respetarte, amarte, santificarte como semejante a Dios, y como ser individual y social juntamente»²⁰.

Estas características del personaje nos lo representan casi inhumano. A él le sirve la sociedad como máscara para ocultar un rostro de indiferencia, un «yo» que desea habitar completamente, por ello el error de la opinión le sirve de cobertura tras la cual seguir siendo, él sólo, lo que auténticamente es»²¹. No se enfrenta con la sociedad, ni trata de reformarla, sólo intenta (de forma parecida a León Roch) atraer a su esposa hacia su superior cosmovisión, pero la separación espiritual ya no la puede evitar.

Finalmente, las tertulias rigen el mecanismo de la operación novelesca desde el momento que obliga a los personajes a desempeñar un papel que no es el propio, por ello en relación con los temas de las obras funcionan como oposición, es decir, frente a la bulliciosa, despreocupada y aparente alegría de estas reuniones, surgen y se elevan sobre ellas la soledad, la insolidaridad, la desconfianza y, sobre todo, la incomunicación que conduce a los personajes a la triple tragedia.

²⁰ Citado por JONGH-ROSSEL, E. M. DE, *op. cit.*, pág. 175.

²¹ SOBEJANO, G., *op. cit.*, pág. 96.

